

LUIS OLARIAGA

EL MATERIALISMO DE LAS MASAS

El materialismo de las masas

Discurso inaugural del año académico 1967-68 (14-XI-1967)

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. Luis Olariaga

La clarividencia de un pensador de excepción que tuvo España —José Ortega y Gasset, y a cuyo magisterio, así como al de Maeztu, debemos mucho los españoles de mi tiempo— hizo a los lectores de su libro *La rebelión de las masas*, ya en 1924, la siguiente amonestación:

“Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas, cabe padecer. Esta crisis ha sobrevenido más de una vez en la historia. Su fisonomía y sus consecuencias son conocidas. También se conoce su nombre. Se llama la rebelión de las masas.

Las ciudades están llenas de gente. Las casas, llenas de inquilinos. Los hoteles, llenos de huéspedes. Los trenes llenos de viajeros. Los cafés, llenos de consumidores. Los paseos, llenos de transeúntes. Las salas de los médicos famosos, llenas de enfermos. Los espectáculos, como no sean muy extemporáneos, llenos de espectadores. Las playas, llenas de bañistas. Lo que antes no solía ser problema, empieza a serlo casi de continuo: encontrar sitio.

Los componentes de esas muchedumbres no han surgido de la nada. Aproximadamente, el mismo número de personas existía hace quince años. Después de la guerra parecía natural que ese número fuese menor.

Aquí topamos, sin embargo, con la primera nota importante. Los individuos que integran estas muchedumbres preexistían, pero no como muchedumbre. Repartidos por el mundo en pequeños grupos, o solitarios, llevaban una vida, por lo visto, divergente, disociada, distante. Cada cual —individuo o pequeño grupo— ocupaba un sitio, tal vez el suyo, en el campo, en la aldea, en la villa, en el barrio de la gran ciudad.

Ahora, de pronto, aparecen bajo la especie de aglomeración, y nuestros ojos ven dondequiera muchedumbre. ¿Dondequiera? No, no; precisamente en los lugares mejores, creación relativamente refinada de la cultura humana, reservados antes a grupos menores, en definitiva, a minorías.

La muchedumbre, de pronto, se ha hecho visible, se ha instalado en los lugares preferentes de la sociedad. Antes, si existía, pasaba inadvertida, ocupaba el fondo del escenario social; ahora se ha adelantado a las baterías, es ella el personaje principal. Ya no hay protagonistas; sólo hay coro.

El concepto de muchedumbre es cuantitativo y visual. Traduzcámoslo, sin alterarlo, a la terminología sociológica. Entonces hallamos la idea de masa social. La sociedad es siempre una unidad dinámica de dos factores: minorías y masas. Las minorías son individuos o grupos de individuos especialmente cualificados. La masa es el conjunto de personas no especialmente cualificadas. No se entiende, pues, por masas sólo ni principalmente “las masas obreras”. Masa es el hombre medio.

Nadie, creo yo, deplorará que las gentes gocen hoy en mayor medida y número que antes, ya que tienen para ello el apetito y los medios. Lo malo es que esta decisión tomada por las masas de asumir las actividades propias de las minorías no se manifiesta, ni puede manifestarse, sólo en el orden de los placeres, sino que es una manera general del tiempo. Así —anticipando lo que luego veremos—, creo que las innovaciones políticas de los más recientes años no significan otra cosa que el imperio político de las masas.

Hoy asistimos al triunfo de una hiperdemocracia en que la masa actúa directamente sin ley, por medio de materiales presiones, imponiendo sus aspiraciones y sus gustos. Es falso interpretar las situaciones nuevas como si la masa se hubiese cansado de la política y encargase a personas especiales su ejercicio. Todo lo contrario. Eso era lo que antes acontecía, eso era la democracia liberal. La masa presumía que, al fin y al cabo, con todos sus defectos y lacras, las minorías de los políticos entendían un poco más de los problemas públicos que ella. Ahora, en cambio, cree la masa que tiene derecho a imponer y dar

vigor de ley a sus tópicos de café. Yo dudo que haya habido otras épocas de la historia en que la muchedumbre llegase a gobernar tan directamente como en nuestro tiempo. Por eso hablo de hiperdemocracia.”

Ese problema que Ortega vio casi anticipadamente en su profundidad se fue agravando en el aspecto político y social, amenazando a la sociedad con una extensa filtración de las ideas marxistas —que son las que predominan en la masa— y creando una pasión tumultuosa por el asalto a los bienes atesorados por la civilización moderna, aprovechando un sentimiento, de mayor o menor fundamento, contra la organización económica llamada capitalista. Ante aquella espectacular riada social, este modesto académico advirtió en su discurso de entrada en esta docta Casa, en 1950, lo que seguidamente se transcribe:

“Hemos llegado al momento más grave en la evolución de la sociedad que aún se llama moderna: el momento de la popularización de sus falsos ideales de riqueza. Los peligros más temibles que amenazan a la civilización y preparan otra guerra, que sería quizá la última de Europa —porque acabaría con ella—, los engendra el sectarismo comunista, y el comunismo no es más que la obsesión de las clases populares por disponer de las riquezas acumuladas. El socialismo marxista ha fascinado a las clases populares con la falsa ilusión de que podrían disfrutar de las comodidades y placeres de las clases ricas si arrebatasen el poder de manos de la burguesía y se sirvieran de él para organizar la sociedad con el punto de vista exclusivo de asegurar la igualdad económica. El socialismo antiguo reconocía sin rebozos la necesidad de la acumulación de capital en la producción moderna, y aunque al ofrecer a los obreros un sistema que les garantizase percibir el producto íntegro de su trabajo les hacía concebir la lógica esperanza de mejorar su situación, no convertía en centro de sus ataques al capital ni desestimaba capciosamente su necesidad y, como consecuencia, la obligación de retribuir sus servicios. Pero el marxismo creó y explotó el equívoco de que no era indispensable la acumulación de plusvalía en forma de capital, y que la plusvalía correspondía íntegramente al proletariado y debía ser por éste consumida; dejando cundir la infundada creencia de que todo el capital que se acumula debe ser repartido entre los trabajadores, y puede serlo, sin perjuicio para la organización económica moderna”.

Y ahora pienso que en semejantes circunstancias tiene que ser difícil el gobierno de los pueblos. Hay que hacer frente a una creciente, rápida y desorbitada intensificación del consumo de riqueza material,

que con el ritmo de crecimiento habitual de la economía de empresa privada dejada a su propio impulso quizá sería imposible. Acompasar una producción limitada por la formación espontánea de ahorro a los imperativos de un consumo que aspira a desarrollarse vertiginosamente es un problema sin solución. Es preciso forzar esa producción: ¿cómo hacerlo?, recurriendo al poder aparentemente infinito del Estado.

Es evidente que añadiéndose a los medios espontáneos de producción los recursos forzados que puede aportar la solidaridad nacional puede incrementarse el progreso económico. Hay la experiencia de la política arancelaria, dentro de la economía liberal, a cuya política se debió la industrialización de la mayoría de los países hoy potentes económicamente, al aumentar los incentivos para la capitalización privada, para el aprovechamiento de ahorros ociosos o poco fecundantes; hay el ejemplo de la puesta en explotación de zonas estériles o el perfeccionamiento de la infraestructura económica, sobre todo de las vías de comunicación y medios de transporte, de la construcción y acondicionamiento de puertos, del saneamiento y regadío de las zonas agrícolas, de las repoblaciones forestales... de tantas obras generales de promoción de riqueza que no pueden abandonarse a la iniciativa privada o que no puede esperarse a que ésta las realice.

El Estado tiene, pues, su misión económica, ciertamente, incluso en un régimen de empresa privada. Mas no se trata de eso, sino de que el Estado, presionado por una masa en su mayor parte adoctrinada con tendencias materialistas y, a la vez, destructoras del sistema económico vigente, y a la que se suman muchas personas que no aceptarían de ningún modo ser tildadas de marxistas, pero cuya llamada conciencia social las hace simpatizar con todo anticapitalismo, vaya haciendo imposible —con intervenciones desmesuradas en la vida económica— el mantenimiento de un régimen económico que corresponde a un sistema de principios filosóficos, jurídicos y éticos radicalmente distintos a los del marxismo, los cuales van relajándose y hay el riesgo de que sean arrollados y con ellos lo que Europa consideró su propio espíritu.

Unos gobernantes se proponen deliberadamente ir transformando el régimen de empresa privada y ahorro voluntario en un régimen de empresa pública y ahorro forzoso —o sea en un régimen socialista; otros no están tan convencidos de que el sistema socialista conduciría a la felicidad a los pueblos, pero se dejarían llevar a él si se vieran inducidos por la necesidad política de sujetar una masa obrera descontenta. Unos y otros, sin embargo, desearían que la transformación fuese gradual y ordenada, pero se hallan sometidos a una presión política y social de

la masa que les hace ir más lejos en las intervenciones estatales que lo que ellos prudentemente desearían.

Es verdad que los políticos engalanan muchas veces sus complacencias laborales invocando los deberes morales de la conciencia social, pero esta vaguedad ideológica fundada en el noble deseo de ver felices a todos los seres humanos —y no en ideas claras de justicia, porque ni es justo ni responde al estado de naturaleza el principio marxista de la igualdad económica— no suscitaba tanto entusiasmo en los políticos responsables cuando no los aliaba con el formidable grupo de presión de una masa soliviantada. Además, la conciencia social a lo que debiera llevar al gobernante es a una dignificación religiosa, cultural y moral por lo menos tan rápida como la elevación del nivel material de la vida con su válvula emocional de escape de los pugilatos deportivos y del culto al cuerpo en general.

Las guerras adiestraron a los políticos en la intervención del Estado en la vida económica y en el montaje de producciones sin consideración a su rentabilidad, y el temor a la inflación se lo quitó una tosca interpretación de las ideas keynesianas, según las cuales no causaban elevación de precios las inversiones públicas con dinero nuevo mientras hubiese fuerzas productivas sin colocar —dando con ello carta blanca a los gobernantes para efectuar, sin tasa, gastos presupuestarios apelando a las creaciones de dinero con el tópico reverencial, de aumentar los puestos de trabajo. La creación de puestos de trabajo es un noble y utilísimo objetivo, ¿qué duda cabe?, pero a condición de que los puestos que se crean tengan suficientes garantías de permanencia y de que no anulen otros puestos de trabajo también necesarios para la economía del país; sacar obreros de la agricultura para incrementar el peonaje de industrias que sólo transitoriamente pueden mantenerse sin periclitarse, no puede entusiasmar a ningún economista. Al ingeniero, al político, al sociólogo, puede bastarles con organizar empresas, con establecer industrias, con hacer cosas que se vean; mas para que el economista pueda dar su beneplácito es menester que las empresas que se crean tengan utilidad cierta para la defensa o para la vida económica del país, o arrojen productos exportables o prometan un rendimiento estable y ofrezcan con ello seguridades de perduración a las empresas. Lo demás es sencillamente amontonar cargas públicas en el asilo presupuestario estatal.

Por otra parte, la segunda postguerra habituó a los gobiernos en Europa a disponer de recursos extranjeros adicionales, pues para evitar que la guerra desembocara en una convulsión económica, los Estados Unidos hicieron aparecer la llamada ayuda americana y la de nuevos

organismos financieros internacionales; de donde salió la ecuménica idea de repartir la riqueza que acumulaban naciones más ricas, más trabajadoras o mejor organizadas.

Los gobernantes de los países industrializados, que contaban con técnica, con mano de obra diestra y con capital extranjero para construir y modernizar sus equipos de producción no tuvieron dificultad para ir mejorando sustancialmente las condiciones de trabajo con incrementos de productividad, pero los de países menos desarrollados entendieron que ellos también podrían elevar el nivel de vida de sus pueblos rápidamente si se lo proponían y, enardecidos con la sugestión flotante internacional de que, para que haya paz en el mundo, las naciones ricas deben compartir sus recursos con las naciones pobres, y con la consiguiente esperanza de que iban a obtener, para reforzar sus escasos medios propios, abundante capital y técnicos extranjeros, forjaron, como es lógico, ambiciosos proyectos de desarrollo que ofrecieron a la masa trabajadora, con cuyo concurso esperanzado tenían que contar, niveles de consumo que pudieran abreviar la larga preparación que en los países prósperos había exigido la acumulación de riqueza. No hay rincón del globo terráqueo donde a estas horas no se brinde ilusionadamente un plan de expansión económica marcando incluso las etapas en que podrá disfrutarse análogo bienestar al de los pueblos adelantados.

El intento, explicable sin duda desde un punto de vista político y espoleado, en otros continentes más atrasados que el europeo, por el objetivo ruso de ofrecer ayudas para propagar el comunismo podía tropezar con tres fallos: que no pudieran responder los países boyantes a lo que de ellos se esperaba; que la falta de educación apropiada de la masa obrera no diera el rendimiento de productividad que se atribuía al nuevo instrumental y a los nuevos métodos y, muy especialmente, que no se aplicara proporcionalmente la inversión de los recursos a todos los sectores de la producción y por el orden requerido para que unos sectores impulsaran a los otros. Y en los países en los cuales los planes de desarrollo, respetuosos con la empresa privada, eran meramente indicativos y se les sugería a los empresarios la cuantía de progreso de cada rama de producción, había que contar con otro posible fallo: que los empresarios no se atuvieran a los dictados del plan por no poder hacerlo o por creerlo inconveniente.

Se pensó, sin duda, que forzando los gastos públicos para que actuaran de animadores de los negocios, advendría una ola de iniciativas empresariales que corroborase el dictado teórico que la política facilitara. Pero los fallos se hicieron efectivos. Que no se puede lograr que

los países ricos derramen con exceso sobre los pobres todo cuanto se les reclama, lo prueba la forma precaria en que Estados Unidos ayudan al resto de América —a pesar de lo mucho que les interesa que en su Continente no prospere la propaganda comunista— y es prueba también la prolongada demora con que los Estados industrializados de la O.C.D.E. cumplen sus ofrecimientos para facilitarles capital y técnicos. Alemania, Francia, Inglaterra, Italia carecen de sobrantes financieros de la entidad suficiente para transpasar a los países necesitados nada que se parezca a la lluvia de millones que éstos asignan a sus planes de desarrollo. Por otra parte, se han puesto en pie para hacerse ricos en un santiamén numerosos países que antes vivían miserablemente y resignados y, aunque las naciones citadas tuvieran la potencia de protección que en algún momento tuvieron —y ya no lo tienen— no podrían dar abasto con las peticiones urgentes de auxilio que hoy surgen del mundo entero. Las dádivas del sector comunista no pasan tampoco de ayudas de propaganda efectistas pero de alcance modesto.

Los medios de comunicación han propagado por la sobrehoz de la tierra —la televisión sobre todo— los modos de vivir de los pueblos opulentos y hoy todos quieren imitarlos. Todos quieren vestir bien, tener automóvil y casa propia, viajar de un lado a otro y gastar mucho. Se les ha hecho creer que las retribuciones de los trabajadores de países de intensa cultura y productividad ubérrima pueden ser conquistados, en período a la vista y con acción directa sobre su capitalismo elemental, haciendo presión política sobre los partidos que los gobiernan. Y éstos recurren al auxilio extranjero para hacer progresos como sea y a toda marcha y elevar la renta nacional. Pero ni el auxilio extranjero es tan largo ni tan expedito para aportar las inversiones que hacen falta.

Por otra parte, el ahorro nacional en dichos países es de cuantía muy modesta en relación con las inversiones y además va decreciendo la autofinanciación de las empresas por reducción del margen de beneficios, y la masa, por su parte, no ahorra voluntariamente porque anhela vivir mejor y porque lo tiene todo institucionalmente asegurado.

En cuanto a industrializar un país a marchas forzadas porque hay fábricas de otros países prestas a facilitar ayuda técnica e incluso una cierta ayuda financiera para invadir un mercado nuevo con sus patentes y con los productos sin terminar, es explicable siempre que no haya el riesgo de saturar prematuramente el mercado y tropezar con costes altos para buscar otras salidas. Esa producción en serie es oriunda de acervos culturales avanzados, en los que vienen formándose desde hace largo tiempo técnicos de varios grados y mano de obra que opere con

celeridad y precisión, para poder sostener la fabricación frente a las competencias mundiales. Improvisar acentuadamente este tipo de industrialización es arriesgado desde un punto de vista económico nacional. Es más razonable preparar las bases mínimas de cultura indispensables para que lo que no son sino efectos de esa cultura pueda luego organizarse sólidamente y sin tantos tutores foráneos y ofrecer perspectivas de perduración y desenvolvimiento.

Algo parecido puede decirse del tercer fallo posible a que antes se ha aludido; es decir, a que no sean aplicados los recursos proporcionalmente a todos los sectores de la producción y por el orden lógico que el sistema exige. Países que para desarrollarse aspiran a crear industria son países que viven fundamentalmente de la agricultura. Han de comenzar, por tanto, su desenvolvimiento por esa agricultura, para que no la abandone su población emigrando hacia una industria incipiente pero atractiva, y para que aumente su capacidad de compra y pueda adquirir los nuevos artículos industriales. Claro está que esto no puede hacerse con la facilidad y con la rapidez con que hoy se crean instalaciones industriales, y lo que pide actualmente la masa social son objetos que antes se consideraban de lujo y que los disfrutaban sólo una minoría. No hay que olvidar que en la selva ecuatoriana se vive en chozas inmundas y faltan los medios de vida más elementales, mas no faltan aparatos de televisión, según viajeros nos lo describen.

El hecho innegable es que es general el fenómeno de que la masa viene reclamando continua e imperativamente mayor participación en las rentas nacionales y que se la aplaca con elevación de salarios y reducciones de jornada, haya inflación o no la haya. Las mejoras de salarios, a veces son compensadas con una mayor productividad. Los países de gran empuje industrial han podido hacerlo, especialmente mientras contaron, como ya se ha dicho, con la ayuda de capital norteamericano para modernizar sus explotaciones. Algunos países más modestos también han podido hacerlo en parte; por ejemplo, en España ha tenido que rendir una mayor productividad, no sólo el empleo de mejores métodos y máquinas, sino también el incremento del trabajo femenino y, en general, la mayor actividad económica de la población. Pero, en muchas ocasiones —y cada día en más— el incremento de salarios rebasa al de productividad y repercute en el beneficio y, por tanto, en el ahorro de los empresarios o en la inflación de los precios, disminuyendo en el primer caso la posibilidad de inversiones y no mejorando en el segundo el nivel real de vida.

Y viene empleándose, además, otro procedimiento para mejorar el

nivel de la masa por encima de la elevación de salarios, y es el de proporcionarle medios para gastar anticipadamente futuros ingresos en artículos que no son de urgente necesidad, mediante el crédito al consumo. Esta es la causa más importante de que se popularicen tan vertiginosamente los aparatos domésticos electromecánicos y los coches de turismo en naciones que no tienen base adecuada de riqueza, ni combustible, ni elementos de reparación, ni caminos apropiados. Y lo más notable es que buena parte de ese crédito —que en Europa no es todavía tan considerable como en Estados Unidos— es que, en muchos casos, puede originar inflación general de precios y reducir el nivel real de vida que se pretende mejorar, estrechando los presupuestos familiares para el gasto de primera necesidad.

Estos aumentos de la demanda de artículos de consumo por vía privada son acompañados por una mayor demanda de carácter público que afecta a todos los funcionarios activos y pasivos del Estado y de los organismos locales, y que produce los mismos efectos sobre el ahorro o sobre los precios que los incrementos de retribuciones que no van precedidos de aumentos de productividad en la esfera privada.

Todos los incrementos del consumo a que venimos aludiendo se hacen posible y para ello las mejoras de salarios y sueldos privados y públicos, y las concesiones de crédito en las ventas a plazos disponiendo, no sólo del producto nacional, sino también consumiendo las importaciones de capital, arañando las reservas de divisas y, lo que es aún peor, descapitalizando, obligando a veces a las empresas a disminuir o suprimir sus cuotas de amortización y, por consiguiente, de reposición de sus medios productivos. Todo lo cual explica que el consumo pueda superar en algunos países a la producción nacional.

Y a ese proceso paradójico de consumir más que lo que se produce se le hace frente poniendo al Estado a postular capital extranjero, haciendo equilibrios con las balanzas de pagos, apretando tornillos fiscales y recogiendo apuradamente en el seno del presupuesto y del crédito públicos empresas desmoronadas.

La participación del Estado en la inversión avanza rápidamente en todos los países; unas veces porque el Estado puede afrontar técnicamente innovaciones que no podrían afrontar los particulares y que representan un progreso para el respectivo país, pero otras veces —y con demasiada frecuencia— con propósitos socialistas, sean o no rentables las empresas —recuérdense ante todo las nacionalizadas— o para evitar la paralización de explotaciones que se han hecho insoportables a la empresa privada y que se convierten en cargas nacionales.

Y así venimos presenciando cómo avanza en progresión acelerada un proceso de disolución de un régimen económico al que le van faltando sus reguladores automáticos de libertad de producción y de mercado, y de transferencia de factores productivos; al que se le va succionando su capacidad de ahorro y, lo peor de todo, al que se le van restando seguridades de beneficios y estímulos para la inversión. No es que se vayan corrigiendo sus defectos y que se vaya quebrantando su poder social a efectos económicos y políticos —que quizá fuera lo acertado— sino que se van minando sus bases de sustentación, sus posibilidades de calcular la explotación con perspectivas francas y de cierta garantía. De aquí deriva una explicación bastante lógica al hecho contundente de que en las bolsas europeas vaya declinando acentuada y persistentemente la cotización de los valores. Según información de “The Economist”, de Londres, la baja de las cotizaciones en los últimos años ha sido en Francia del 50 por 100, en Italia del 48, en Alemania del 36, en Holanda del 22, en Bélgica del 21. Únicamente Londres se sostiene con pérdida liviana, pero no es porque no tenga sus empresas averiadas, sino porque tiene mucho que perder poniéndolo al aire y porque tienen mucho aguante sus capitalistas y no acusan públicamente la alarma.

Y aquí viene lo más grave. Si se estuviera sustituyendo deliberada y gradualmente un sistema de organización por otro que se tuviera planeado y que resolviera los problemas de disciplina en el trabajo, de interés en la empresa, de acumulación de ahorro y de capitalización, por lo menos como los resolvía el régimen capitalista, podría discutirse el cambio desde el ángulo de los principios de libertad y espontaneidad de vida de la especie humana, pero no sería alarmante por los problemas económicos, financieros y presupuestarios, que por lo pronto va a plantear y de los cuales son la avanzadilla la inflación de los precios, el desequilibrio de las balanzas de pagos, la poca fe en el mercado de capitales y el debilitamiento fiscal. Si los gobernantes no estuvieran lógicamente obsesionados por la presión de la masa, los que no tratan deliberadamente de subvertir el orden social estudiarían el margen de posibilidades y de estímulo para la vida de las empresas privadas, y trazarían límites adecuados a su política laboral y a su política fiscal; pero como no permiten ni la acción electoral ni la acción directa de las masas entregarse a tales sutilezas, tranquilizan su conciencia social desahuciando al capitalismo y pasando los negocios a manos de una burocracia que los puede explotar sin dar cuentas claras de su administración concreta; y ya sea con el remoquete de la nacionalización

o con otro sortilegio que los someta al control del Estado a cambio de ayudas temporales a fondo perdido, haciendo hincapié en una modernización, los zambulle en el abrevadero del presupuesto público, nacional o local, pensando en todo menos en lo que siempre han llamado economía los economistas: que es conseguir la máxima utilidad con el mínimo esfuerzo, aunque no estoy muy seguro de que no hayan olvidado también los economistas los principios que dieron a luz la ciencia económica, como han olvidado los pintores lo que tradicionalmente se llamó pintura y los músicos lo que tradicionalmente se llamó música, y tantos otros artífices de la cultura actual que se esfuerzan en romper con el pasado creyendo que es superación de lo viejo no tener que estudiarlo y que someterse a su autorizado criterio.

Que las masas en rebelión y seguras de que sus naturales afanes de consumo puedan resolverse a mandobles con el capitalismo están presionando lo demuestra el hecho de que los gobernantes no enfilen abiertamente sus políticas hacia el socialismo y no vayan haciendo presiones para cubrir las brechas que el antiguo capitalismo va abriendo, tanto en las fuentes de tributación como en las de ahorro. Puesto que la riqueza va desplazándose de unos sectores sociales a otros hay que ir suscitando la responsabilidad de los sectores mejorados para compensar la pérdida de recursos que se vaya acusando en los tesoros públicos y en los mercados de capitales, y que son indispensables para que puedan seguir viviendo y progresando los servicios del Estado y las producciones nacionales. Llegará un momento en que haya que invertir el actual proceso negativo de atizar el consumo por encima de lo que se produce y haya que obligar a producir más y gastar menos. Que el problema es peliagudo lo prueba el tambaleo que sufre Mr. Wilson en su trono laborista por el simple hecho de contener temporalmente a la masa en sus avances de consumo; ¿qué le ocurrirá si además le impusiera mayores tributos y le forzara al ahorro?

Porque esta es la cuestión, señores académicos: el socialismo no se puede hacer a medida; el socialismo no puede consistir sencillamente en la dilapidación de los tesoros de capital acumulados por un régimen al que se va poniendo en liquidación precisamente cuando más capital se necesita para satisfacer a un mundo ansioso de progreso material, y sin otros horizontes de ilusión. Llegará un momento en que el socialismo tendrá que aceptar sus propias responsabilidades y convertirse sin remedio en tirano de la masa, en nuevo capitalismo —estatal pero capitalismo— que exigirá, reduciendo salarios o elevando precios, los recursos necesarios para pagar los agigantados servicios del Estado y las

enormes inversiones que hacen falta para mantener los nuevos niveles de vida y, además, mejorarlos.

Con la política de absorber los beneficios del capital, lo único que se habrá economizado es la parte que hoy destinan a su consumo los capitalistas, y esto, aparte de no tener una importante significación cuantitativa, habrá que conjugarlo con la pérdida de la libertad, de acicate para la inventiva, de disciplina en el trabajo, de rigidez administrativa y de retribución de los méritos individuales que suponían el régimen de empresa privada.

La edad de oro de la política socialista —que hoy sugestióna también a minorías que no se consideran masa— es el período en que puede decirse que el socialismo vive del capitalismo, en que absorbe las ganancias que este último aporta al Fisco o a la inversión. Después viene la dura realidad, cuando ya no hay enemigo que afronte responsabilidades y pague cuentas, y es inevitable crear una autoridad que imponga legalmente las condiciones de trabajo que adapten el nivel de consumo al nivel de producción.

La primera correspondencia cursada desde Moscú por el enviado especial de “ABC”, publicada en el número del 3 del presente mes, lleva el título siguiente: “Los precios altos en el interior para los artículos de consumo han permitido a la U.R.S.S. su fabuloso desarrollo industrial.”

Los gobernantes actuales tienen esto presente, sin duda alguna: unos más, otros menos. Son destacables, por ejemplo, en política de partido socialista, los esfuerzos conservadores de Wilson por contener la presión de consumo de la masa en Inglaterra y, en política no socialista, las luchas de De Gaulle con los sindicatos, por la misma causa. Y no se crea que Wilson se enfrenta a los sindicatos por vacilaciones doctrinales, sino probablemente porque ve con claridad lo que se destruye y no encuentra a mano materiales para reconstruirlo con otro sistema.

* * *

El proceso evolutivo que he tratado de describir —simplificando muchos aspectos, como era inevitable— lo más probable es que sea lento y que no sea uniforme. Dependerá, en primer lugar, de la resistencia que cada capitalismo pueda oponer a su desaparición. Por lo pronto, al capitalismo vocacional, prudente y administrador —aunque con muchos defectos, ¿quién lo duda?— está sucediendo transitoriamente un capitalismo improvisado, ocasional, especulador y aventurero; un capi-

talismo de corto plazo que compra y vende solares, que construye viviendas volanderas para revenderlas, que monta negocios aprovechando concesiones y primas, para cosechar temporalmente sus primicias y endosarlos más tarde a pequeños ahorradores que también buscan bicocas y que, cuando se sienten defraudados, acuden al paternalismo del Estado para que traspase sus créditos al conjunto de la nación. Ese capitalismo, coadyuvante de un proceso de desequilibrio económico en el que se exagera el gasto para provocar actividades que no van a tener continuidad, aparenta contribuir al enriquecimiento de los pueblos, y lo que hace es engrosar y avivar sus complicaciones. Junto a él decaen y se apagan las empresas que viven independientemente sobre un mercado tradicional y aspiran a proyectar sus actividades indefinidamente en el porvenir de los países. Es lo que llamo el capitalismo de largo plazo, amenazado por los dos flancos —laboral y fiscal—, que no se sabe hasta dónde resistirá si los poderes públicos que no actúen dogmáticamente no ven claros los problemas o no puedan contener la presión popular. De la resistencia que puedan ejercitar dependerá en cada país que la crisis se produzca más tarde o más temprano. A las minorías compete independizarse del aluvión materialista y masivo que las rodea y, en lugar de dejarse llevar cómodamente por una evolución torrencial, tascar el freno a la pasión y analizar juiciosamente a dónde se va y si se podría ir con visión más diáfana y menor estrago por otra ruta a cancelar las injusticias de la presente distribución de la riqueza. De que las minorías cumplan su misión y auxilien a los gobernantes que no quieren ser arrastrados por la masa, a que no lo hagan, dependerá en gran medida, en cada país, el ritmo de progresión hacia una meta económica de soluciones violentas. Consumiendo más que lo que se produce no se puede ir a parar a ninguna situación que no sea caótica, y consumiendo todo cuanto se produce tampoco, porque es ineludible la conservación del capital existente y la formación de nuevo capital. El problema no puede plantearse como la masa lo exige, adoctrinada por Carlos Marx: anulando la plusvalía y consumiendo el capital. La verdadera alternativa es si capitalizan los hombres libremente o si capitaliza el Estado por imperativo legal.

No quiero terminar sin poner bien en claro que este modesto académico no está defendiendo criterio alguno político ni práctico; ni está tampoco abogando por ningún sistema económico presente ni futuro, sino que está simplemente describiendo —como es su deber de teórico— un proceso histórico y una tendencia y, naturalmente, las consecuencias a que está ya llevando a las economías organizadas sobre la base de la

empresa privada. Es posible que en el clima en que hoy se vive de exacerbado anticapitalismo, el simple hecho de razonar sobre los efectos de las políticas que están conduciendo a un confuso cambio de sistema económico —que por muchos quizá no es deseado— sin plantearse honestamente los problemas que habrá que afrontar a medida que el actual sistema se vaya desmantelando, sea interpretado como una defensa embozada del capitalismo privado. Ese riesgo no se puede evitar. ¡Allá cada cual con su conciencia!

Después de todo, si las masas se rebelan contra las minorías cultas con el arma de la pasión, nosotros, los que tenemos la cultura por vocación, debemos rebelarnos con el arma de la objetividad y el razonamiento, aunque nos tachen de insensibles a la modernidad y de anacrónicos. Nosotros, los teóricos, sabemos que acaso no veamos la realidad desde abajo, con sus matices, sus urgencias y sus complejos recovecos, pero procuramos ver desde arriba su panorámica general, sin prejuicios ni intereses individuales, de grupo o de partido, y con la amplitud de unos horizontes abiertos y lejanos.